

January 2005

Una aproximación al método teológico-pastoral y su construcción desde el principio-misericordia

Oscar Albeiro Arango Alzate
Universidad de La Salle, oarango@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Arango Alzate, O. A.. (2005). Una aproximación al método teológico-pastoral y su construcción desde el principio-misericordia. *Actualidades Pedagógicas*, (47), 23-34.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Una aproximación al método teológico-pastoral y su construcción desde el principio-misericordia

Oscar Albeiro Arango Alzate*

RESUMEN

El quehacer teológico es una actividad dinámica que puede tener dos movimientos: uno, girar hacia sí mismo y dos, hacia fuera. Hacer teología es una dinámica en dos sentidos que la configuran, uno le da que pensar y otro la lleva a actuar. Por tanto, es una dinámica en dos momentos: *ad-intra* y *ad-extra*. No se podría hacer una separación tajante en el quehacer teológico entre el movimiento que se hace *ad-intra*: pensarse y sistematizarse y el que realiza *ad-extra*: proyectarse, confrontarse y enriquecerse con los contextos para generar la praxis. El como se haga teología, *ad-intra* o *ad-extra* va determinar tanto su reflexión-sistematización, como su proyección-acción. La idea no es separar estas dos dinámicas sino posibilitar una reflexión del método a partir de ellas. El propósito de este texto es presentar los resultados que como equipo de investigación se alcanzaron al respecto.

Palabras clave: teología-pastoral, método, *intellectus misericordiae*, praxis, liberación.

AN APPROACH TO THE THEOLOGICAL AND PASTORAL METHOD AND ITS CONSTRUCTION FROM THE MERCY PRINCIPLE

ABSTRACT

The theological routine is a dynamic activity that may have two movements: one is to turn towards itself and another one to the outside. To do theology is a two ways dynamics; one way gives what to think; the other one leads how to act. So it is a dynamic in two moments: *ad-intra* and *ad-extra* theological routine between the movement that is made *ad-intra*: to think oneself to systematized oneself and the one that is done *ad-extra*: to project, to confront, to enrich oneself with the contexts to generate the praxis. The how to do theology *ad-intra* or *ad-extra* will determine its reflection-systematization as well as its action-projection. The idea is not to separate these two dynamics but to make separate these two dynamics but to make possible a reflection of the method based on them. The purpose of this text is to show the results of how a research team reached them.

Key words: Pastoral-theology, method, *intellectus misericordiae*, praxis, freedom.

*

Artículo que se desprende de la investigación: Un Dios que rompe con el sufrimiento: teología del principio-misericordia Financiada por la Universidad de La Salle. Correo electrónico: oarango@lasalle.edu.co

Fecha de recepción: septiembre 3 de 2005

Fecha de aprobación: septiembre 30 de 2005

ELEMENTOS ARTICULADORES DE LA TEOLOGÍA

El quehacer teológico pone en acción una serie de elementos a partir de los cuales se apoya, su tarea es disponer de la forma más adecuada a cada uno de esos elementos a partir de la articulación del discurso teológico (Boff, 1998). Cuando estos elementos aparecen “ordenados” se origina el método en el quehacer teológico. Los elementos que la teología articula son: la fe, la escritura, la iglesia, el sentido de la fe, la tradición, el dogma, el magisterio, la praxis, otras teologías, la filosofía, la ciencia, el lenguaje, el contexto y la razón. Al realizar esa articulación y organización, la teología adquiere los criterios fundamentales sobre los cuales realiza su trabajo.

Es lo que se llama reglas de articulación (Boff, 1998): en primer lugar, el binomio revelación-fe tiene la primacía en el quehacer teológico; la escritura es el primer testimonio a ser tenido en cuenta; la razón: *intellectus* está al servicio de la comprensión del dato revelado; la práctica actúa como fuente de la teología y una de sus finalidades; el lenguaje-comunicación posibilita a la teología para interpretar el misterio, adecuarse a él y expresarlo; el magisterio se hace criterio de autenticidad, canonicidad por ser el criterio de la fe creída y reflexionada en comunidad; y finalmente el contexto confronta, da elementos para pensar, entrega luces para ver y posibilita acciones concretas.

La escritura, la tradición y la experiencia, son tres elementos que han tenido un papel preponderante en el desarrollo de la teología cristiana. La teología católica da a la tradición un papel preponderante en su quehacer, mientras los protestantes subrayan el principio de dependencia en la autoridad de la escritura, mientras que la experiencia ha adquirido una importante influencia en la teología, sobre todo

en épocas modernas. La autoridad de la escritura o la tradición e incluso la revelación ha disminuido, y por lo tanto los teólogos tienden a recurrir cada vez más a la experiencia viva, ya sea personal o de la comunidad.

El teólogo busca el significado de Dios no sólo en experiencias religiosas como el misticismo y la conversión, sino también en la experiencia cultural, social y política de la época. Este es un elemento privilegiado en el cómo hacemos teología desde América Latina y el Caribe. El contexto entrega un legado muy importante al quehacer teológico para pensarse y proyectarse. Es una exigencia, una urgencia; más que una pertinencia, el asumir la reflexión de la fe según los tiempos, personas y lugares.

Las reglas de articulación propician la sistematización de lo que sería un proceso teológico. Un método que se entiende y articula a partir de tres momentos: el primer momento, es la necesidad de situar el lugar teológico, es decir, “el desde dónde”; luego, como segundo momento, el abordar la fe como una dinámica que desea saber y saberse. Este segundo momento se articula en dos pasos: escuchar el testimonio de fe, *auditus fidei*, la recopilación y reflexión sobre la tradición y luego el esclarecer, profundizar, sistematizar su contenido, *intellectus fidei*. Finalmente, en un tercer momento es necesario confrontar lo que es escuchado, reflexionado-sistematizado, con la vida concreta, *intellectus misericordiae*, con una realidad en la cual los hombres y mujeres viven su fe.

En términos generales esta es la estructura que seguiré para la presentación del texto, la construcción del método teológico-pastoral en tres momentos: situar el lugar teológico, la fe que desea saber y saberse y finalmente, confrontar con la vida concreta.

UBICACIÓN DEL LUGAR TEOLÓGICO

La ubicación del lugar permite al teólogo tener claridad del “desde dónde” realiza su quehacer. Facilita comprender cuáles son los intereses que lo llevan a realizar esta o aquella aproximación y sistematización. El lugar es el ámbito vital y discursivo desde el cual se hace la teología. El lugar teológico tiene un componente categorial que recoge la tradición vivida, narrada y sistematizada que se denominará como UBI. De igual forma, el lugar tiene un componente experiencial y existencial que permite que el UBI se vaya deconstruyendo y reconstruyendo, el cual se denominará QUID. Estos componentes son implicativos. No se puede entender un UBI sin un QUID y viceversa.

Hacer teología exclusivamente desde el lugar entendido como UBI, es pensar y hacer la teología desde un lugar categorial (Sobrino, 1992), que deja intocada la sustancia. Una teología que se piensa ella misma, que se centra en ella y no puede salir de sí. Se entendería una teología en una dinámica *ad-intra*. Hacer teología desde el lugar entendido como QUID es entender el lugar dentro de una realidad sustancial (Sobrino, 1992), con la cual la teología se confronta por necesidad y por responsabilidad. Esta confrontación es la que dirige su reflexión, la que hace releer sus fuentes y determinar sistemáticamente sus contenidos. Esa realidad configura su mismo quehacer teológico (Sobrino, 1999). En otras palabras, una teología que asume una dinámica *ad-extra*. Asumir el lugar teológico desde el UBI y desde el QUID satisface la reflexión y práctica teológica porque permite la interpelación de la praxis, de la reflexión personal y comunitaria, de la tradición, del testimonio de fe, del poder esclarecer, profundizar y sistematizar su contenido.

Una teología que descubre su lugar como UBI y como QUID, realiza una gran función de discernimiento

en una sociedad y una iglesia en la que tantas personas hablan de Dios o afirman creer en Dios, cuando en realidad evidencian situaciones propias del imaginario imperante y dominante que se oculta tras de esas acciones y palabras religiosas (Castillo, 1997). Esta es la tarea que le corresponde a la teología pensada desde un UBI y un QUID: desenmascarar los ídolos. Es la tarea que debe enfrentar el quehacer teológico: mostrar los ídolos imperantes.

Cuando la teología se orienta hacia los intereses del imaginario dominante, el lugar desde el cual se parte, genera una reflexión-acción en la que se privilegian los intereses de los “vencedores” y se olvidan de los intereses de los “excluidos”, los hombres y mujeres “sin-historia”: las víctimas y crucificados de este mundo (Castillo, 2004). Es una teología que se ve impedida para desenmascarar los ídolos que someten a la humanidad, las falsas representaciones de Dios y termina siendo un elemento más de dominación. El camino que ha de seguir, será establecer el “lugar socia-teologal” como “lugar epistémico” que deben coincidir indisolublemente en una misma identidad, porque cuando se construye la verdad, está siempre motivada, contextualizada e impulsada por estos dos elementos (Castillo, 2004).

HOMBRES Y MUJERES SIN HISTORIA EN LA HISTORIA: LA IRUPCIÓN DE LAS VÍCTIMAS

En Latinoamérica se ha privilegiado el contexto histórico, la irrupción de las víctimas y crucificados, como punto de partida y de llegada de la reflexión-acción teológica. El quehacer teológico ha de permitir que una situación anti-evangélica se transforme mediante una praxis histórica, con la cual se cuestione y confronte en una opción en favor de las víctimas. Una acción que genera una re-acción.

El lugar no inventa el contenido, pero sin ese lugar será muy difícil encontrar y leer adecuadamente los textos y asumir los pretextos. Ir a ese lugar y dejarse afectar por él es fundamental, porque es en él donde se le ofrece a la Escritura una ventaja epistemológica, una luz que ilumina sus contenidos. La teología latinoamericana ha privilegiado desde sus inicios el fundamentar el quehacer teológico desde un "locus theologicus" opción por las víctimas, no como algo piadoso y romántico, sino como algo serio y esencialmente teológico, por que esta opción, al fin de cuentas es la opción que el mismo Dios del Reino que anuncia, Jesús realiza e historiza (Gutiérrez, 1985).

UNA OPCIÓN COMO PRECOMPRESIÓN: EL MUNDO DE LAS VÍCTIMAS

Esta perspectiva es la gran intuición que configura el modo de proceder de la Teología en América Latina. Si la primacía de la práctica es susceptible de una fundamentación filosófica, la perspectiva de la víctima parece constituir un criterio estrictamente teológico. Probablemente se trata de una de las mayores gracias que el Espíritu da a la iglesia en la segunda parte del siglo XX.

Ciertamente, la víctima y los crucificados, como ámbito para el encuentro con Dios constituye un tema esencial de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos; y las grandes inconsecuencias de la Iglesia en este aspecto no han logrado nunca hacer olvidar esta dimensión esencial del Evangelio de Jesucristo. Esas víctimas adquieren rostro concreto en la presencia de la pobreza, los realmente empobrecidos de nuestro mundo. Esta presencia es algo que no estuvo presente con la misma intensidad en la conciencia de la teología cristiana tiempos atrás (Boff, 1989). En cualquier caso, cuando esa pobreza, generadora de víctimas y crucificados en todas sus dimensiones, se convierte en lugar teológico (Boff, 1989) de primera magnitud, nos

encontramos, sin duda alguna, con una radical novedad en la historia de la teología cristiana.

La justificación de este punto de partida requiere una reflexión teológica rigurosa. Ciertamente, la perspectiva de las víctimas como lugar privilegiado para el encuentro con el Dios misericordioso (Boff, 1989) y fiel de la revelación cristiana no constituye, en modo alguno, un patrimonio de los teólogos, que más bien reflexionan en acto segundo sobre la experiencia de muchos cristianos.

Sin embargo, esto no impide que la teología tenga que preocuparse por entender esa experiencia utilizando los recursos exegéticos, históricos y conceptuales que son propios de la labor teológica. Esta elaboración sistemática de los grandes contenidos de la teología también serviría para mostrar que esta Teología no consiste en una mera reflexión sobre las consecuencias morales del mensaje cristiano.

La irrupción de las víctimas tanto en la vida de la iglesia como en la reflexión teológica es, ante todo, una gracia de Dios. Esta gracia ha llevado a una renovación profunda de la espiritualidad cristiana, de la vida religiosa y de la pastoral; y la radicalidad de dicha gracia se podrá mostrar también en la capacidad de la teología para pensar todos los contenidos de la fe cristiana desde la luz que las víctimas han encendido en su Iglesia (Boff, 1989).

Los cambios que suceden ahora en el orden mundial necesitan ser enfrentados con un mayor rigor. Y esto significa, necesariamente, una independencia de los que cínicamente se suben al carro de los vencedores, como si los triunfos históricos representaran algún tipo de confirmación teológica, que difícilmente se pueden aplicar a la experiencia del mismo Jesús. Un Jesús que se mete en la historia de los que no la tienen, un Jesús que se sube en el carro de los perdedores.

La exigencia de buscar alternativas al imaginario imperante no le viene a la teología del sólo contemplar los rostros demacrados de los derrotados de la tierra. El desafío de la mayoría de las víctimas también atañe a la propia Teología. El teólogo, como cualquier intelectual, no está exento de las tentaciones propias de su oficio, como la vanidad, el acomodamiento o la búsqueda de los aplausos y los triunfos fáciles. Estas tentaciones pueden arruinar cualquier vocación intelectual, arrastrándola hacia una improductiva superficialidad (Boff, 1989) El quehacer teológico en América Latina lleva a que quien lo realiza se haga un testigo y seguidor. Hacer teología en este contexto, más local como lo es el colombiano, nos lleva a ser testigos, hasta la entrega de la misma vida.

Se ha afirmado que el lugar teológico debe estar conformado como UBI y como QUID y la necesidad de una mutua implicación. De la misma forma se ha puntualizado la importancia que tiene la irrupción de las víctimas y crucificados latinoamericanos como protagonistas que no pueden ser ocultados y acallados, y que en nuestro quehacer ha sido necesario privilegiar esta irrupción como opción. A continuación se abordará la reflexión cómo esa opción se hace precomprensión para la deconstrucción y reconstrucción del UBI y del QUID.

Precomprensión: significa en primer momento una relectura de los textos de la revelación en perspectiva de los pobres: víctimas y crucificados; y en segundo momento ver la realidad desde este elemento confrontador, que permite disponibilidad de actuar sobre ella para cambiarla. Desde esta perspectiva se entiende la precomprensión a partir de dos funciones: el retrotraer la teología a su contexto y capacitarla para comprender la revelación (Sobrino, 1992).

Retrotraer la teología a su contexto: precomprensión significa algo creatural, posibilidad y necesidad

connatural del ser humano. Esta precomprensión ha de ser necesariamente compartida por muchos seres humanos y no sólo como un contenido. La precomprensión entendida como creatural debe ser históricamente real, actual y de relevancia comunitaria. La precomprensión retrotrae a la teología a su contexto en forma de alternativa, de apertura en relación con una cerrazón; de esperanza frente a la desesperanza (Sobrino, 1992).

Capacitarla para comprender la revelación: la precomprensión capacita para leer y comprender la revelación-fe. Las víctimas introducen el principio de parcialidad en la comprensión revelación-fe y en la teología, presenta la alteridad radical para quienes, según el imaginario imperante, no lo son (Sobrino, 1992).

La opción que hace la teología en América Latina por las víctimas y crucificados, es una opción, como se dijo antes, por el Dios del Reino que anuncia Jesús. La razón del compromiso con ellos no está en el análisis social que empleamos, tampoco en la experiencia que podamos tener de compasión humana frente a ella. Para los seguidores esa opción por las víctimas radica esencialmente en la fe en el Dios de Jesucristo. La víctima es preferida no porque sea necesariamente mejor que otros, sino porque Dios ha optado por ella.

La Biblia está marcada por esta predilección de Dios por los débiles, los maltratados de la historia. Estas víctimas, no lo son por su condición natural, sino que lo son en consecuencia de la acción de otros. Esta opción por las víctimas no es una opción exclusivamente sistemática y pastoral, es ante todo una propuesta espiritual, es el itinerario que el teólogo en América Latina hace para su encuentro con Dios y con la gratuidad de su amor y es irrenunciable.

En este lugar, la víctima le recuerda al teólogo que este no vive en el aire y que no existe una teología neutra, sino que ésta se construye bajo determinados modos de producción material, ideal, cultural, eclesial, político y se articula en razón de determinados intereses, concretos, no siempre conscientes (Sobrino, 1993). El lugar social configura a la teología y lo hace por acción o por omisión. La realidad social configura tanto al teólogo, como creyente y no sólo como pensador. Este lugar social-teológico es decisivo para la fe, para configurar el pensar teológico.

UNA OPCIÓN QUE DA QUÉ PENSAR

Lo que no puede olvidar la teología es el sufrimiento originado por una pobreza masiva, cruel, injusta, estructural y duradera en los países de América Latina. De esa pobreza se dice que "irrumpe", que no ha llegado a ser noticia por estadísticas o por pura reflexión o análisis, sino porque ella misma ha tomado la palabra en forma de clamor inocultable, claro, creciente, impetuoso y en ocasiones amenazante. Hacer teología aquí y ahora es elevar a concepto teológico la realidad histórica tal como se va manifestando en un proceso y no sólo desarrollar conceptualmente las virtualidades de un hecho o un texto del pasado, porque las víctimas siguen irrumpiendo, siguen siendo válidos. Hoy se piensa que la irrupción de las víctimas ya no es una moda, no es un hecho mayor que exija una reflexión-acción teológica, se quiere descalificar su vigencia, encubrir la realidad que vive una parte del mundo: el sufrimiento, callando su clamor y denuncia (Sobrino, 1993).

¿Por qué el sufrimiento? Por que en el mundo actual es masivo, es la negatividad que más se ha extendido cuantitativamente en el mundo. Es tal su grandeza que se impone como un hecho mayor, por su realidad concreta. Sufrimiento significa la

cercanía de la muerte lenta producida por una estructura inequitativa e injusta y violenta. Es una cruz-sufrimiento que divide al mundo entre empobrecedores y empobrecidos, vencedores y vencidos. Esta cruz genera un empobrecimiento de tipo cultural, psicológico, espiritual, y agrava los sufrimientos provenientes de otras raíces estructurales: raza, cultura, sexo, religión. Esta cruz-sufrimiento no es cosa pasajera, ni del pasado, ni siquiera es cosa decreciente, sino que es duradera, actual y va en aumento. Esta cruz-sufrimiento es lo que se constituye en interpelación ética porque expresa en sí misma el mayor de los males morales.

OPCIÓN QUE CAPACITA PENSAR

La realidad de las víctimas no es sólo exigencia para el pensamiento sino que ofrece ventajas epistemológicas, una luz que ilumina los contenidos (Sobrino, 1993). La luz no es lo que se ve, sino lo que hace ver. Las víctimas ofrecen lenguaje y contenidos para que la teología encuentre lo que está buscando. Al aceptar que en ellas hay una luz para la teología es desenmascarar los discursos con los cuales la teología se quiere articular, por que la teología puede ser un discurso encubridor del anti-reino, puede caer en una reducción a un logos explicativo, que subordina el logos práxico. El lugar de la teología no ha de ser ella misma sino el sufrimiento del otro, la alteridad, la crueldad injusta y masiva.

Desde América Latina se ha de pensar una teología que esté en movimiento, una que esté en y desde el camino. Una teología que sale al encuentro de los hombres y las mujeres victimizados. Una teología que se piense desde ellos, para ellos y con ellos. No una teología que se universaliza en su discurso, sino una que hace una opción y la asume hasta el límite.

La organización mundial en la actualidad tolera una teología que se piensa así misma. Que no genera confrontación y crisis. Una teología que se resigna a repensarse ella sola, que se queda en un lugar entendido exclusivamente como UBI. Pero igualmente se sabe que el mundo actual no tolera una teología que hace una opción hacia afuera y asume como punto de partida las víctimas, y aún más, cuando ésta anima a las víctimas a liberarse y a denunciar a los salteadores que los han dejado malheridos por el camino; y que además lucha para que éstos no vuelvan a caer en sus manos. Una teología samaritana, una teología hecha desde el principio-misericordia (Sobrino, 1993).

Hacer teología misericordiosa significa usar la luz que nos dan las víctimas para ahondar en la verdad de Cristo. Es una teología que no sólo asume el UBI si no que privilegia el lugar como QUID, desde cual hace su reflexión-acción (Sobrino, 1993).

OPCIÓN QUE ENSEÑA A PENSAR

Las víctimas hacen que la inteligencia, que el intellectus funcione o pueda funcionar de una manera específica. La realidad de las víctimas exige que la teología involucre en su proceso el *auditus fidei*, *intellectus fidei*; que desarrollaremos a continuación, y el *intellectus misericordiae*, es decir, la razón que quiere historizarse en una práctica concreta de amor, no en oposición pero sí en diferenciación como *intellectus misericordiae*, *iustitiae*, *liberationis* (Sobrino, 1993) que será abordado más adelante.

LA FE QUE DESEA SABER: *FIDES QUAERENS INTELLECTUM*

En el inicio del quehacer teológico hay un deseo de saber que implica todo: la vida, la fe, la revelación y la misión. El ser humano busca saber de sí mismo

y por consiguiente busca saber sobre su fe (Boff, 1998). Quiere saber de sí mismo porque es poseído por ese dinamismo del deseo que le lleva a auto-comprenderse. Y esto no estaría ajeno del quehacer teológico.

La definición clásica de la teología dice afirma que ella es una fe que busca ser entendida, *fides quaerens intellectum*, una fe que está deseosa de saber y saberse; una fe que busca luz. Cuando la fe es seducida por la razón para que ésta la explique, es cuando nace la teología.

La fe hace parte del sujeto, no es algo accesorio, es él mismo. Por eso, cuando se afirma que la fe busca ser entendida, lo que se está queriendo decir es que el espíritu humano busca incansablemente conocer. El espíritu humano busca por naturaleza aproximarse a la verdad, construirla, entenderla. Este dinamismo se ejerce de igual forma sobre el contenido de la fe, una fe de ojos abiertos, lúcida, inteligente, crítica (Boff, 1998). La búsqueda de esa luz para la fe es una necesidad urgente, porque las cosas de la fe no tienen una evidencia exclusivamente cultural.

La razón no es sólo "razón-formal-lógica" o "empírico-formal científica", existe también una "razón-discursiva", que se puede llamar también "razón crítica", es de igual forma relevante que exista también una "razón-hermeneutica" usada por las ciencias humanas y una "razón-simbólica".

En el trabajo teológico es necesario superar un racionalismo científico y ampliar el horizonte de lo que se entiende por razón (Boff, 1998). Es necesario realizar una nueva aproximación: "la razón-intuitiva" que es llamada por los griegos como *nous* y por latinos como *intellectus*; que hoy podemos llamar pensamiento, mente, espíritu, conciencia. El *intellectus* es inherente al ser humano en cuanto

apertura, intuición y percepción del mundo. Esta razón propicia un conocimiento supra-consciente y supra-conceptual (Boff, 1998) y de manera particular la experiencia del ser, la sensibilidad religiosa, la conciencia ética, el sentido de lo bello, el sentido del amor, el sentido del humor, en fin; las razones del corazón.

El *intellectus* tiende no sólo al dominio intelectual sino a la contemplación de la realidad, de las cosas ocultas del mundo convirtiéndose en el principio fundamental del propio pensar. El *intellectus* se diferencia de la *ratio* (Boff, 1998). La *ratio* se da a entender como logos con una función discursiva y argumentativa. El *intellectus* es la facultad de penetrar las verdades y aprender de forma simple, inmediata y directa, mientras que la *ratio* conoce, conquista y persigue a la "verdad" de un lado a otro.

Lo anterior nos lleva a distinguir dos cosas: la fe con su racionalidad originaria y la razón de la fe con sus razones teológicas particulares. Tenemos pues de un lado el *intellectus fidei* y por el otro la *ratio fidei*; la inteligencia de la fe y la racionalidad de la teología.

El modo de proceder de la teología, una vez tiene claro el lugar desde el cual se realizará el proceso y el deseo de conocer, permite apreciar varios componentes o momentos esenciales que articulan un método, que busca la comprensión de la revelación: *auditus fidei* es la fijación del contenido de la Revelación, es el momento positivo de la Teología; trata (entre otras cosas) del estudio de las fuentes de la Teología: la Sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y el Magisterio. De algún modo puede considerarse también la Historia. Es el momento para la escucha, pero no como algo pasivo sino para descubrir el sentido mismo de la tradición, de lo que nos ha sido dado. Éste se especifica en el

método a partir de la función Hermenéutica. *Intellectus fidei*: comprensión y síntesis de ese contenido. La principal característica es la construcción y la sistematización en un movimiento *ad-intra*. Este momento se concretiza en la función especulativa. *Intellectus misericordiae*: es el momento que posibilita la aplicación de los momentos anteriores en un momento concreto de la vida. Busca la proyección y se traduce en la función práctica.

FIDES QUÆRENS INTELLECTUM EN LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

La época en la que vivimos hoy es compleja. A los aspectos económicos y políticos se suman otros de carácter cultural que moldean la mentalidad contemporánea. Es lo que unos llaman posmodernidad o pensamiento posmoderno (Boff, 1998). Este término es ambiguo, pero indudablemente, corresponde y refleja una parte de lo que hoy se vive.

No se trata de un asunto que es sólo tratado por una minoría de intelectuales, tampoco es una cuestión exclusiva que sucede y se pregunta en ciertos círculos académicos, aunque sea allí donde más se escribe o se reflexiona de este tema. Los medios, el arte, la filosofía y algunas teologías transmiten las tesis posmodernas más allá de estos lugares hacia nuestros países, condicionando muchas de sus actitudes.

En este espacio no se pretende crear un debate más entorno a que si la posmodernidad es una nueva época o si se trata de una etapa de la modernidad (Boff, 1998). Hoy existen grandes opiniones entorno a ella, lo que si es cierto es que existen aspectos de la realidad que son acentuados por esas perspectivas y merecen una consideración.

Estamos frente a una reacción frente a los grandes tópicos que asume la modernidad, lo que se ha llamado los gran relatos o meta-relatos propios de la modernidad, enunciados por Lyotard: “emancipación progresiva de la razón y de libertad, emancipación progresiva o catastrófica del trabajo, fuente de valor alienado en el capitalismo, enriquecimiento de toda la humanidad a partir del progreso de la tecnociencia capitalista” (Gutiérrez, 2003). El rechazo que hace la posmodernidad es contra la totalización de estos relatos y en este sentido, la modernidad especulativa.

Toda concepción unitaria de la historia queda por fuera, no tiene sentido organizar los acontecimientos del mundo humano bajo la idea de una historia universal de la humanidad. Una historia cuyo desarrollo es de cierta manera conocido de antemano.

Afirma el pensamiento posmoderno, sólo tenemos pequeños relatos, historias individuales y locales. No hay fundamentos metafísicos del devenir histórico, estamos ante lo que se ha llamado una “fragmentación del saber humano”. Es esta misma dinámica posmoderna, pero con algunas divergencias con Lyotard y Vattimo (Gutiérrez, 2003) piensa que “de lo que se trata es de considerar y calibrar lo que comporta la disolución del pensamiento fundacional, esto es: de la metafísica”. Una consecuencia de este postulado es que caben muchas posiciones y opiniones dentro de la posmodernidad; hay en ella un enorme pluralismo que ha llevado a decir que en ese pensamiento “todo vale”, reaccionando contra posiciones que se consideran dogmáticas y totalitarias.

La fragmentación del saber humano. En la reacción contra las visiones totalizantes aparece la posibilidad de reconocer el totalitarismo y

autoritarismo que han utilizado para manipular a los hombres y mujeres con proyectos que se denominan globales; sin consideración por las personas y su vida cotidiana y que, orientados exclusivamente al futuro se olvidan del presente. La crítica posmoderna nos ayuda a no caer en esquemas rígidos para interpretar el curso de la historia, situación que se ha dado al interior del mundo teológico.

El saber posmoderno rechaza los grandes relatos y valora los pequeños (Gutiérrez, 2003). Nos invita de este modo a ser más sensibles de lo local y diferente. En un mundo donde se presta cada vez más atención a la diversidad y a las minorías. Esta dinámica está inmersa y ligada a una exaltación del individualismo ya presente en la modernidad. Por eso, la negación del sentido de la historia acrecienta el individualismo y acentúa el narcisismo de la sociedad actual, llegando a concluir que hoy a iniciado la “segunda revolución individualista” (Gutiérrez, 2003).

Un nuevo corazón y un nuevo espíritu: fe-conversión. La exposición anterior hace llegar a la conclusión que la fe es la raíz más profunda de la teología. Es lo que permite la irrupción del ser humano nuevo y de la vida nueva. Desde allí la fe ha de ser entendida como fe-conversión: la transformación profunda del ser, como muerte y resurrección. Esa fe-conversión se afianza en tres componentes esenciales: Un elemento afectivo, la experiencia, fe-experiencia, *fides quae*. Un elemento cognitivo: la inteligencia, lo cognitivo y normativo, fe-palabra, *fides qua* y un elemento activo, la práctica, fe-práctica, *fides informata*. En conclusión se puede afirmar que la fe es simultáneamente: principio, objeto y objetivo de la teología (Boff, 1998).

TEOLOGÍA COMO *INTELLECTUS MISERICORDIAE*

En el aparte anterior se explicitó que la teología nace de la reflexión sobre la fe. Por ello, la reflexión teológica es un momento segundo, el momento primero es la fe y luego la reflexión sobre esa fe. Cuando se dice fe se tiene que hacer salvedad a que nos referimos, no sólo a la contemplación del misterio, sino al compromiso. Existe el peligro de quedarse en eso, en una reflexión teológica discursiva alienante en la presentación del encuentro con Jesús sin el proyectar, sin llegar al seguimiento (Castillo, 1997).

La teología, es pues, una escucha y reflexión de la fe, es un acto segundo. Este quehacer ha de remitir al teólogo a la vida de la comunidad y al contexto en el que se desarrolla (Gutiérrez, 2003), porque la teología nos es exclusivamente conocimiento, saber o reflexión. Para hacer teología es necesario ser creyente, no sólo hay que saber, sino lo más importante, vivir la praxis de la fe, en comunidad, en el contexto histórico en el que se encuentra. Desde esta perspectiva hacer teología desde un contexto latinoamericano consistirá pues en una reflexión crítica de la praxis histórica de la fe, a la luz de la palabra.

La función que se desprende del quehacer teológico, será en consecuencia, no hacernos más versados a quienes la estudiamos, sino poner todo aquello al servicio de la comunidad, pues su misión es reflexionar en comunidad de creyentes lo que nos está sucediendo, a la luz de la propuesta de Dios; para confrontar el contexto social e histórico y ver como éste se puede transformar (Gutiérrez, 2003).

Es necesario tener en cuenta como primer elemento iluminador para el quehacer teológico, que este saber ha de ser un saber situado y situacional. Estas

características le van a permitir a la teología cuestionar su propio proceso hermenéutico, es decir no puede pasar por alto preguntas como desde dónde se hace la teología o a quién sirve la teología. Ha de ser consciente de su historicidad (Gutiérrez, 2003) pero no sólo consciente de esta historicidad por su "pretensión científica" sino por el dinamismo de la fe en el Dios de nuestro Señor Jesucristo que nos lleva a enfrentar el contexto.

Un segundo elemento es que no basta que esta sea consciente de su contexto sino que además esté comprometidamente situado (Sobrino, 1993), es decir, necesita vivir insertado en su contexto histórico en el cual descubre la necesidad imperiosa de vincularse a una espiritualidad por ser en ella en la cual hunde sus raíces una reflexión teológica sería porque: la firmeza y el aliento de una reflexión teológica están precisamente en una experiencia espiritual que la respaldan. El discurso sobre la fe parte de y se orienta a la vida en comunidad. Toda auténtica teología es teología espiritual, esto no enerva su carácter científico.

Pero no basta cualquier espiritualidad, ha de ser una encarnada y realista: de todas las personas y no de unas élites. Una espiritualidad que se entienda como un proceso comunitario que abarca no sólo el mundo de lo sagrado, sino la realidad histórico-social que constituye el lugar en el cual la teología tiene su lugar (Sobrino, 1993); una espiritualidad que nos ayude al cambio del corazón y de la mente; una espiritualidad enraizada en la contemplación de la misión liberadora de Jesús.

Esta exigencia no es sólo para la teología sino para los teólogos, hombres y mujeres que están inmersos en una comunidad, que viven una espiritualidad y que desarrollan un itinerario transformador de la realidad (Boff, 1998). En esta perspectiva se entiende la afirmación de Gustavo Gutiérrez:

“nuestra metodología es nuestra espiritualidad” (Gutiérrez, 2003), la espiritualidad ha de ser un elemento central en el quehacer teológico, unido a las diferentes mediaciones que configuren un modo de hacer teología. Una metodología-espiritualidad que integre la realidad, la fe y la praxis, desde mediaciones socio-analíticas, filosófico-metafísicas, hermenéutico-teológicas y camino de fe (Gutiérrez, 2003).

EL PRINCIPIO-MISERICORDIA

Lo que aparece como el elemento más estructurante en la vida de Jesús es el Principio misericordia. Una re-acción que él hace ante el sufrimiento ajeno infligido injustamente, interiorizándolo, hasta llegar a las entrañas y el corazón propio, con el fin de erradicarlo definitivamente. Esta acción que hace Jesús en favor de los otros es motivada sólo por ese sufrimiento. En clave de Jesús, el principio misericordia es ver el sufrimiento ajeno, interiorizarlo con la finalidad de erradicarlo. Es pues un principio de reacción que genera misericordia. Y es este principio que permite hablar de la dimensión praxica de la teología: su compromiso socio-político transformador.

La opción por las víctimas no debe materializarse exclusivamente en un hacer obras de misericordia, o en obras de caridad. No es un asistencialismo que puede practicarse siguiendo algunas normas. El principio misericordia que aquí se enuncia es el que convierte la caridad en caridad política (Sobrino, 1992) que conduce a la comunidad eclesial a vivir insertos asumiendo como propia la liberación su liberación.

El principio misericordia nos lleva tomar en serio la conflictividad social: detectar la situación injusta, denunciarla y superarla. Es erradicar

definitivamente el sufrimiento-muerte en cuanto opuesta al Dios del Reino que anuncia Jesús. El papel de la teología no será pues indicar los posibles caminos políticos sino de convocar a la creatividad política desde una opción por las víctimas y crucificados, desde el principio misericordia (Sobrino, 1992).

LA INTELIGENCIA DE LA MISERICORDIA: JUSTICIA Y LIBERACIÓN

Es el ministerio que la teología presta a toda la comunidad humana a ponerse al servicio del reino de Dios y de sus destinatarios: las víctimas y crucificados en el seguimiento histórico de Jesús. Esta visión va afectar no sólo a la estructura y organización de la iglesia, sino al mismo quehacer teológico. Ya no es solo la fe que quiere conocer, sino la inteligencia del amor, que se traduce históricamente en misericordia, justicia y liberación (Sobrino, 1992). La propuesta que se desprende al hacer el recorrido es el construir y apostarle a una teología que asuma el principio-misericordia y se parezca cada vez a Jesús. Esto es una teología encarnada. Que llegue a ser carne real en una historia real, y no simplemente el ver el apaleado del camino desde fuera, para dar rodeos y continuar el camino, sino acercarnos, movernos a misericordia para meterse en la situación de injusticia y desenmascarar las raíces que lo producen.

En el Principio misericordia lo que aparece como el elemento más estructurante en la vida de Jesús es la re-acción ante el sufrimiento ajeno, infligido injustamente para interiorizarlo hasta llegar a las entrañas y el corazón propio. Esta acción es motivada sólo por ese sufrimiento y no por la búsqueda de reconocimiento o méritos. Es pues, interiorizar el dolor ajeno con la finalidad de erradicarlo, es entender la teología como movimiento.

En la teología debe estar presente el principio-misericordia, tanto como contenido que se debe propiciar, como dinamismo del ejercicio, de modo que ella misma sea expresión de la misericordia ante el mundo sufriente. La propuesta es pensar la fe a partir de la praxis del amor, reflejar el Evangelio a partir de la liberación, justicia y misericordia (Boff, 1998). ¿Una teología como *intellectus misericordiae*? Esta parece ser la pregunta que a muchos se nos presenta hoy. No se puede entender la teología-misericordia como teoría, es una manera de teologizar, es una manera de sensibilidad, un hábito, una manera de hacer teología. Como estilo de hacer teología aborda cualquier problema que aparece, pensando en términos de las comunidades, de la participación y del compromiso; buscando la transformación social a la luz de la propuesta de Jesús. Es un proceso vivo y un simple discurso. Esta actitud de fondo, acercarse al sufrimiento de las comunidades para desenmascarar los y las causantes del dolor es una cuestión más de espiritualidad que de cientificidad, más de acción que de método.

Enfrentamos hoy un imaginario dominante, un discurso hegemónico, la propuesta neoliberal que afirma que la historia ha llegado a su fin, que después del mercado y el capital no se puede esperar nada más. La teología asume nuevos desafíos, que deben ser enfrentados no para endurecer las posiciones o entrar en la nueva onda, sino para posibilitar acciones concretas a favor de las víctimas. El papel hoy que se le entrega a la teología es posibilitar el discernimiento, prestar este servicio a los hombres y mujeres creyentes. Hoy más que en otros tiempos, la teología debe asumir más un pensamiento sincero que un pensamiento fuerte. No se está afirmando que la teología se encargue de las cuestiones "secundarias" sino que posibilite una reflexión entorno de la vida, las nuevas mediaciones teóricas necesarias para su sistematización, las tareas de análisis que posibiliten desenmascarar los ídolos, y la concreción de estrategias y proyectos concretos a favor de las víctimas que encontramos por el camino.

BIBLIOGRAFÍA

Boff, C. *Teoría do metodo teologico*. Voces. Petropolis, 1998.

- - -, *Desde el lugar del pobre*. Bogotá: Paulinas, 1982.

- - -, *Y la Iglesia se hizo pueblo*. Bogotá: Paulinas, 1982.

Castillo, J. *Los pobres y la teología*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1997.

Gutiérrez, G. *La densidad del presente*. Salamanca: Sígueme, 2003.

Sobrino, J. *Principio-misericordia*. Santander: Salterae, 1992.

- - -. *Jesucristo liberador*. Madrid: Trotta, 1993.

- - -. *La fe en Jesucristo*. Madrid: Trotta, 1999.